

Fray José María Lagrange O.P.

La fortaleza y la ternura del amor del Salvador por nosotros

Desde las alturas de la visión de Dios, el amor de Cristo desciende sobre nuestras almas y en el amor de Jesús por nosotros volvemos a encontrar las mismas características tan diferentes: la más profunda ternura y la fortaleza más heroica.

La tierna misericordia del Salvador por las almas no cedió ni un instante, pese a todas las ingratitudes, las contradicciones y los odios que encontró en su camino.

Nosotros tenemos fácilmente un tierno afecto por algunas personas de nuestra familia o amigos nuestros: pero a menudo esa ternura es totalmente sensible, superficial; no llega, prácticamente, al alma de aquellos que amamos. ¿Rezamos mucho por ellos? ¿Les deseamos intensamente la vida eterna? Además, muy a menudo esa afección es tan estrecha como superficial: la reservamos para algunos íntimos; como es débil, pierde intensidad, intensidad muy relativa, al extenderse. Nuestro corazón es pobre, avaro de afecto : los indiferentes quedan fuera y con mayor razón los que nos han ofendido o herido; incluso somos duros con ellos y, en ocasiones, despiadados.

La ternura sobrenatural de Cristo por las almas es profunda, porque, en primer lugar, se inclina al alma, para desearle la vida eterna y, al mismo tiempo, es universal, inmensa, se extiende a todos.

Como El mismo dice, Jesús es el Pastor de las almas; todas pueden ser ovejas de su rebaño, Él las conoce a todas, las llama *nominatim*, a cada una por su nombre, las protege contra el enemigo; se inquieta por las ausentes, corre en su busca y las toma sobre sus espaldas.

Una de las mayores señales de su venida es ésta: Los pobres son evangelizados. Tienen, como los niños, un lugar preferente en su afecto. No teme comprometer su dignidad admitiéndoles cerca de El. Les expone con bondad la doctrina de la salvación e, incluso, les sirve. Entre los pobres y los humildes escogió a sus Apóstoles; el día de Jueves Santo se humilla ante ellos, les lava y les besa los pies para hacerles comprender mejor el precepto del amor fraterno. *Cor Jesu, deliciae Sanctorum omnium, miserere nobis.*

¿Qué es lo que dice a los pecadores? Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré". Tiene piedad de la gran miseria a la que les ha conducido el pecado; le lleva al arrepentimiento sin juzgarles con severidad. Es él padre del hijo pródigo, abraza al hijo desgraciado por su falta; perdona a la mujer adúltera a la que se disponían a lapidar; recibe a la Magdalena arrepentida y le abre en seguida el misterio de su vida íntima; habla de la vida eterna a la Samaritana a pesar de su conducta; promete el

cielo al buen ladrón. Verdaderamente, en El se realizan las palabras de Isaías: "La caña cascada no la quebrará; ni apagará el pabilo que aún humea".

Sin duda, reprende muy vivamente a los fariseos, que se obstinan en su orgullo; pero es porque quiere preservar a las almas, sustraerlas de su influencia y quiere también dar a los mismos fariseos una última advertencia que aún les salvaría si no se endureciesen en su orgullo. Advirtiéndoles así, Jesús aún les ama; les da incluso una gracia que les hace realmente posible el cumplimiento de su deber.

El amor de Cristo no pierde su ternura al extenderse a todas las almas; abraza a todas las naciones y a todos los tiempos. Sin duda, tiene sus preferencias por un San Juan, por Zaqueo, por el buen ladrón, pero permanece abierto a todos. Ha muerto por todos los hombres, dice San Pablo. Muchos se apartan de El, pero El no expulsa a nadie. Y cuando nos hemos apartado, intercede por los ingratos, como rogó por sus verdugos. Es el grado supremo de la bondad y de la dulzura en la humildad. Dijo a Pedro que hay que perdonar setenta veces siete, es decir, siempre, y Él es el primero en hacerlo.

**Reginal Garrigou Lagrange, "El Salvador y su amor por nosotros",
Ediciones RIALP S. A. (Pag. 320-323)**